

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

SEPTIEMBRE 30 DE 1925

NÚM. 7

José Conrad.

El huésped secreto

(Traducción de Mariano Latorre).

II

UN ralo collar de barba rojiza rodeaba la cara del capitán de la *Séphora* y su tez correspondía a los que tienen pelos de este mismo color; en los ojos había un matiz azul quemado. No era, precisamente, un tipo sobresaliente; talla mediana, altos hombros, una pierna más curva que la otra. Me dió la mano con una mirada vaga. Una testarudez limitada me pareció su rasgo característico. Me comporté con una cortesía tal que pareció desconcertarlo. Posiblemente era tímido. Barbotaba como si tuviese vergüenza de lo que tenía que decir; dió su nombre (era algo así como Archbold, pero hace tantos años de esto que no estoy muy seguro); dió también el de su

navío y algunos otros detalles por el estilo, a la manera de un criminal que hace una confesión penosa. Había tenido un tiempo terrible durante la travesía, terrible y para remate, su mujer a bordo.

Estábamos en la cabina y el *steward* llevó una bandeja con una botella y vasos. «¡Gracias!» No bebía. Tomaba agua solamente. Bebió dos vasos. Lo necesario para provocar la sed. Sin descanso, desde el alba, había explorado los islotes, alrededor de su buque.

—¿Para qué?... ¿Para entreteneros quizá?—pregunté cortésmente.

—No—suspiró—. Un deber penoso.

Como persistía en su modo de hablar confuso y yo deseaba que mi doble no perdiese una palabra, se me ocurrió informarle que, muy a mi pesar, yo era un poco tardo de oídos.

—¡Cómo!—¡Tan joven! dijo levantando la cabeza, fijos sobre mí sus ojos de un azul empañado, sin expresión—. ¿Cómo ha ocurrido eso? ¿Acaso una enfermedad?—preguntó sin la menor simpatía y como si pensase, que, si no era así, yo le habría quitado algo muy caro.

—Sí, una enfermedad—acepté yo con un tono jovial que pareció chocarle. Pero había conseguido mi objeto; tuvo que elevar la voz para largarme su historia. No vale la pena transcribir aquí la versión dada por él. Más de dos meses habían transcurrido después de este acontecimiento; y tanto había pensado que parecía haber perdido por completo el sentimiento claro de su aspecto, aunque hubiese conservado una impresión profunda.

—¿Qué pensaría Ud. si ocurriese una cosa semejante en su buque? Hace quince años que mando la *Séphora*. Soy un capitán muy conocido.

Sufría profundamente; y quizá habría simpatizado con él si hubiese podido desprender mi visión interior del huésped insospechado que compartía mi cabina como si fuese mi segundo yo. Se hallaba, al otro lado del tabique, a cuatro o cinco metros a lo más, mientras nosotros estábamos en la cámara. Mi-

raba cortésmente al capitán Archbold (si ese era su nombre), pero era al otro a quien yo veía, en su pijama gris, sentado en el taburete, los pies juntos, los brazos cruzados. Cada una de las palabras que nosotros cambiábamos caían en sus oídos; veía su cabeza pensativa inclinada sobre el pecho.

—Tengo al presente, como grumete o como marino, treinta y siete años de servicios en el mar y nunca he oído decir que haya ocurrido una cosa semejante en un buque inglés. ¡Y debía ocurrir en el mío! Y además, mi mujer a bordo.

Lo escuchaba con disgusto.

—¿No piensa Ud.—le dije—que la ola que, como ha dicho, estalló en ese momento, haya podido matar al marinero? Yo he visto un cuello quebrado, al solo peso de una ola.

—¡Señor!—dijo, gravemente, fijando en mí sus ojos azules—!Una ola! Ningún hombre muerto por una ola ha presentado ese aspecto.

Pareció escandalizarle la idea. Y como yo lo miraba, sin esperar originalidad alguna de su parte, avanzó su cabeza hacia la mía y me tiró la lengua tan repentinamente que no pude impedir un movimiento hacia atrás.

Después de haberme sacado de quicio de esta manera pintoresca, meneó la cabeza con aire comprensivo. «Si yo hubiese podido ver la cosa, me aseguró, yo no habría podido olvidarla en mi vida». Era demasiado malo el tiempo para hacerle al cadáver funerales convenientes. De todos modos, al otro día, al alba, se le trasladó a la toldilla, después de haberle cubierto la cara con la punta de la bandera; se leyó una breve plegaria y luego, como él estaba con su traje y sus botas, se le largó entre las trombas de agua que parecían tragarse al buque a cada instante.

—Esa mesana ha salvado al buque—exclamé yo.

—Ciertamente, gracias, a Dios, dijo con fervor. Yo creo, que, mediante el auxilio de la misericordia divina, y lo creo firmemente, esa vela resistió durante el temporal.

—Pero el hecho de haber izado esa mesana fué... empecé de nuevo.

—La propia mano de Dios, interrumpió. Nada menos habría bastado. Os puedo asegurar que apenas me atreví a dar la orden. Parecía imposible tocar cualquier cosa sin perder la vela, y entonces se habría perdido también nuestra última esperanza.

Estaba aún bajo el terror de esa tempestad. Lo dejé proseguir un poco, negligentemente, como para llegar a un punto de menor importancia y le dije:

—Tiene prisa en entregar a su segundo a la autoridad de tierra, supongo?

—¡Naturalmente! ¡A la justicia!

Su obscura tenacidad, a propósito de ésto, tenía algo de incomprensible; algo, por decirlo así, de místico, sin hablar del deseo que podía tener de no hacerse sospechoso de autorizar a bordo procedimientos de esa especie. Treinta y siete años de virtuosa vida de marino, y los quince últimos en la *Séphora* parecían haberle creado una impía obligación.

—Y es preciso que sepa, prosiguió, tanteando con cierta vergüenza sus sentimientos, que no fui yo quien contraté a ese joven. Su familia tenía no sé qué intereses con los armadores. Yo me ví obligado a aceptarlo. Era demasiado *chic*, demasiado aristocrático. Nunca me cayó en gracia. Soy un hombre sencillo. No era el tipo de segundo que necesitábamos a bordo de un buque como el *Séphora*.

Yo estaba identificado de tal manera con el que participaba mi cámara en secreto, que tuve la impresión de que se me decía personalmente que yo tampoco era el tipo de marino para un buque como el *Séphora*. Sobre eso no tenía la menor duda.

—No era en absoluto el hombre que me convenía—insistió, fijando en mí una dura mirada.

Yo le sonreí amablemente. Pareció perplejo un instante.

—¿Supongo que debo informar que se trata de un suicidio?

—¿Qué dice Ud?

—Suicidio. Eso es lo que yo debería escribir a los armadores, apenas desembarque.

—A menos que lo encuentre de aquí a mañana, agregué fríamente. Quiero decir, vivo.

Gruñó algo que no pude entender y puse el oído hacia él con aire intrigado. Gritó como sigue:

—¿La tierra, quiero decir la tierra firme, está por lo menos a siete millas de donde está anclado mi buque?

—Más o menos.

Mi falta de agitación, de curiosidad, de sorpresa, de toda clase de visible interés, empezó a despertar su desconfianza. Pero salvo la feliz afectación de sordera, yo no había tratado de fingir ninguna otra cosa. Me habría sentido absolutamente incapaz de simular ignorancia y además, tenía miedo de arriesgarme. Es muy posible que él hubiese venido con alguna sospecha premeditada y que considerase mi cortesía como un fenómeno algo singular. Y sin embargo, de qué otra manera habría podido recibirlo? Cordialmente no; era imposible, por razones psicológicas que no tengo para qué explicar aquí. Mi único objetivo era defenderme de sus preguntas. ¿Frunciendo el ceño? Sí, pero el mal humor habría podido provocar de su parte una pregunta directa. Por lo que ella tenía para él de insólito y por su misma naturaleza, una impecable cortesía era el medio más acertado de contenerlo. Quedaba el peligro de verlo forzar mi defensa bruscamente. No habría podido, pienso, oponerle una mentira directa, igualmente, por razones psicológicas (y no morales). ¡Si él hubiera podido solamente saber cuánto miedo tenía yo que pusiese a prueba mis sentimientos de identidad con el otro! Pero, bastante extrañamente (lo pensé después), creo que no estuviese confundido por el reverso de esta fatídica situación, por esa cosa que en mí le recordaba al hombre que buscaba y le sugirió un misterioso parecido con el joven para el cual no había tenido, desde el primer día, sino aversión y desconfianza.

—Creo que hemos tenido que remar cerca de dos millas hasta su buque. Nada más.

—Sin embargo, es bastante con este calor insoportable—le dije.

Siguió otra pausa llena de desconfianza. La necesidad se dice, es la madre de la invención, pero el miedo también proporciona ingeniosas inspiraciones. Y yo tenía miedo de que él me preguntase a boca de jarro noticias de mi doble.

—Lindo camarote, ¿no?—observé como si me diese cuenta por primera vez del modo como sus ojos iban de una puerta a otra—. Y muy confortable. Aquí, por ejemplo—continué alcanzando negligentemente la puerta por encima del respaldo de mi silla y abriéndola por completo—, está mi cuarto de baño.

Tuvo un movimiento de ávida curiosidad, pero apenas le echó una ojeada. Yo me levanté, cerré la puerta del cuarto de baño y lo invité a recorrer el buque como si estuviese orgulloso de mi alojamiento. Tuvo que levantarse y visitarlo conmigo, pero lo vió todo sin gran entusiasmo.

—Ahora vamos a mi cabina—dije con la voz más fuerte que pude, atravesando el pasillo a estribor, con pasos voluntariamente lentos.

Entró detrás de mí y miró a su alrededor. Mi inteligente doble se había eclipsado. Yo representé mi papel.

—Muy cómodo, ¿verdad?

—Muy bien, muy confortable... No terminó y salió bruscamente como para escapar a un maleficio de mi parte. Pero yo no quería dejarlo así. Me había producido demasiado miedo para que no intentase vengarme; comprendía que estaba en mi poder y quería llegar con él hasta el fin. Mi insistente cortesía debía contener algo de amenazante, pues cedió sobre la marcha. Y no le hice gracia de ningún detalle: la cabina del segundo, el comedor, el pañol de provisiones, el pañol de las velas que se hallaba bajo la toldilla; debió inspeccionarlo todo. Cuando, al fin, salió al puente, lanzó un largo suspiro de desaliento y murmuró lúgubrememente que le era necesario volver a su navío. Rogué a mi segundo que acababa de reunirse con nosotros, que preparase el bote del capitán.

El hombre de las barbas silbó agudamente con un pito que llevaba siempre suspendido al cuello y gritó: «Los hombres de la *Shépora*, al bote!» Mi doble, en la cabina, debió haber

oído y no podía, ciertamente, sentirse más consolado que yo. Cuatro hombres salieron corriendo de la cámara de la tripulación y pasaron por la borda, mientras los míos, apareciendo sobre el puente, se colocaron a corta distancia. Yo escolté a mi visitante hasta la escala, ceremoniosamente. Allí estuve a punto de traicionarme. Era un animal tenaz ese capitán. En la escala misma vaciló, perseverando concienzudamente en su idea, de un modo casi vergonzoso:

—Dígame, señor... Ud.... Ud. no piensa que...

Yo interrumpí, elevando la voz:

—No, ciertamente... ¡Encantado! ¡Hasta la vista!

Yo recelaba de lo que él quería decirme, escapándome por la tangente: era, por lo demás, el privilegio de ser tardo de oídos. Estaba demasiado abatido para insistir, pero mi segundo, testigo próximo de esta separación, adquirió un aire de mistificado; en su cara se pintó una expresión pensativa. Como no quería dar a entender que yo deseaba evitar toda comunicación con mis oficiales, le di la ocasión de hablarle:

—Tiene el aire de un hombre excelente. Los marineros de su bote han contado a nuestros hombres una historia extraordinaria, si lo que me ha dicho el *steward* es cierto. Supongo que el mismo capitán se lo ha contado a Ud.

—Sí, el capitán me ha contado una historia.

—Un asunto muy embrollado, ¿no es verdad?

—¡En efecto!

—Sobrepasa todas esas historias de crímenes que nos han contado los buques norte-americanos.

—No pienso que las sobrepase. Ni siquiera que se les parezca.

—¡Dios me valga! ¡Así debe ser! No conozco en absoluto los navíos americanos. No puedo, por supuesto, discutirle. Pero lo curioso es que la gente de la *Séphora* parecía creer que el hombre estaba escondido a bordo, aquí. Lo creían a pie juntillas. ¿Ha oído una tontería semejante?

—Absurdo, ¿no es cierto?

Subimos al puente: ningún marinero se veía (era Domingo), y el segundo continuó:

—Han tenido hasta una disputa a propósito de esto; los nuestros juzgábanse ofendidos: ¡como si nosotros albergásemos semejante tipo! ¿Tiene ganas de mirar el pañol del carbón? Una verdadera pelea. Por último se han reconciliado. Por mi parte creo que debe haberse ahogado. ¿Y usted, capitán?

—No he pensado en ello.

—¿Tiene dudas al respecto, capitán?

—Desde que no he pensado en ello...

Lo dejé bruscamente. Comprendí que producía mala impresión, pero, con mi doble abajo, me era muy penoso estar tranquilo en el puente. E igualmente molesto me sentía abajo. En una palabra, una situación inaguantable. Debo confesar que, cerca de él, sentíame mejor. No había nadie en el buque a quien pudiera comunicarle nada. Desde que los marineros supieron la historia, habría sido imposible hacerlo pasar por otro cualquiera y un descubrimiento accidental era más peligroso que nunca.

Como el *steward* ocupábase en poner la mesa para el almuerzo, no pudimos hablar sino con la mirada.

Más adelante, en la siesta, tratamos de hablar en voz baja. Estaba en nuestra contra la calma del Domingo en el buque; y la tranquilidad del agua y del aire; y los elementos, los hombres mismos, todo estaba en contra de nosotros en nuestra secreta asociación, el tiempo mismo, porque éste no podía tampoco durar eternamente. Ni la confianza en la providencia le era favorable a este hombre; ¿debo decir que este pensamiento me descorazonó bastante? Y en cuanto al capítulo de los accidentes imprevistos que tanto influyen en el libro del éxito, mi única esperanza consistía en que estaba encerrado. Porque ¿qué accidente favorable podíamos esperar?

—¿Ha oído todo?—fueron mis primeras palabras desde el instante en que tomamos nuestra posición uno al lado del otro, apoyados en el borde de la litera.

—Sí, había oído.

La prueba estaba en el ardor de su cuchicheo:

—¿El hombre le dijo que apenas se atrevió a dar la orden? Comprendí que se refería a esa oportuna mesana.

—Sí; tenía miedo que fuese arrastrada por el viento al izarla.

—Le aseguro que nunca ha dado la orden. Quizá ha creído hacerlo, pero no lo ha hecho. Estaba conmigo en la toldilla, después de que se tronchó el mastelero y lloriqueaba sobre esta última esperanza — lloriqueaba de veras y no otra cosa; — y la noche se nos venía encima. El solo hecho de ver al capitán sin control alguno sobre sí mismo era bastante para sacarlo a uno de quicio. Eso me ha enfurecido. Tomé, entonces la cosa bajo mi responsabilidad y lo dejé a punto casi de estallar y... ¿pero para qué relatar todo esto? ¡Usted sabe perfectamente lo que es! ¿Piensa usted que si yo no hubiera sido enérgico con ellos habría podido arrastrar los hombres a cualquier cosa? ¡Oh, no! ¿quizá el contra maestre? ¡Quizá! No era una mar rizada, era una mar enloquecida. Se me ocurre que el fin del mundo será algo por el estilo y un hombre puede ver semejante cosa una vez con el corazón firme, pero afrontarlo día tras día... Yo no le hago cargos a nadie. No valía yo más que el resto de la gente. Sólo que era oficial en este viejo carbonero y por esta causa...

—Comprendo perfectamente—le murmuré al oído con suavidad.

Estaba casi sin aliento a fuerza de tanto cuchichear; lo oía respirar ligeramente. Todo eso era muy sencillo; la misma fuerza nerviosa que había suministrado a veinticuatro hombres una oportunidad, por lo menos, de salvar sus vidas, había roto, por una especie de retroceso, una indigna existencia.

Pero yo no tuve el tiempo de pesar los méritos del asunto... pasos afuera, un golpe en la puerta: — «Hay ya bastante viento para aparejar, capitán». Era una carga nueva sobre mis pensamientos y aún sobre mi responsabilidad.

—Llame a todo el mundo sobre el puente—exclamé a través de la puerta—. Subo al instante.

Iba a trabar conocimiento con mi buque. Antes de dejar mi

cámara, nuestros ojos se encontraron, los ojos de los únicos extraños que había a bordo. Yo le mostré el rincón habitual donde lo esperaba el taburete y puse el dedo sobre la boca. Hizo un gesto vago, algo misterioso, acompañado de una sonrisa débil, como de remordimiento.

No hay para qué relatar en este momento las impresiones de un hombre que siente por primera vez moverse un navío bajo sus pies al son de su palabra responsable. En mi caso, las cosas no eran muy claras. No estaba enteramente solo con mis responsabilidades, pues había en mi cabina este extranjero. O más bien no estaba por completo y enteramente con mi navío. Estaba ausente en parte. Esta impresión mental de encontrarse en dos lugares distintos a la vez, me afectaba físicamente como si la disposición al secreto me hubiese penetrado hasta el alma. Antes de una hora, pasada después del primer movimiento del buque, habiéndome presentado la ocasión de pedir al segundo (estaba a mi lado) que me diera la distancia a que se encontraba la Pagoda, tuve la veleidad de inclinarme a su oído. Digo tuve la veleidad; pero fué una estratagema. No puedo describir esto sino llamándolo una estratagema. Una actitud grave, reflexiva, como si se hubiese encontrado en posesión de un dato difícil, no lo abandonó desde ese instante. Poco después dejé el puente para echarle una ojeada al compás, y lo hice de una manera tan furtiva que el timonel lo notó. Yo no pude constatar sino que sus ojos se ponían extraordinariamente redondos. No eran sino náderías, pero no es ventajoso para un capitán el hacerse sospechoso de excentricidad: la situación era más grave. Hay para un marino ciertas palabras, ciertos gestos que deben, en circunstancias dadas, venir tan naturalmente como el guiño instintivo de un ojo amenazado. Tal orden debe salir de sus labios, sin reflexión, por decirlo así. A mí me había abandonado toda espontaneidad. Tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para ir de la cabina a mis obligaciones del momento. Comprendí que producía la impresión en esas gentes, que me criticaban sin hablar, de un capitán irresoluto.

Además, existían las alarmas. Al segundo día, por ejemplo, al

dejar el puente en la tarde (tenía los pies en pantuflas de paja), me detuve en la puerta abierta del comedor y me dirigí al *steward*. Hacía no sé qué, volviéndome la espalda. Al sonido de mi voz, tuvo un violento sobresalto, rompiendo una taza.

—¿Qué tiene Ud. por Cristo?—exclamé admirado.

Me respondió confusamente:

—Perdón, capitán. Creí que estaba Ud. en su camarote.

—¿No ve usted claramente que no estaba?

—No, capitán. Habría jurado que alguien se movía adentro, hace un minuto. ¡Es extraordinario! ¡Le pido disculpas, capitán!

Me alejé temblando. Estaba de tal modo identificado a mi doble que no le hablé de esto en el curso de los raros y medrosos cuchicheos que cambiamos. Supuse que había hecho algún ruido. Era sorprendente que esto no hubiese ocurrido ya. Y sin embargo, por raro que parezca, parecía siempre perfectamente dueño de sí mismo, más que tranquilo, invulnerable. Por consejo mío permaneció casi constantemente en la sala de baño que, de todos modos, era el lugar más seguro.

En aquel exiguo rincón no podía tener ni la sombra de una excusa para cualquiera que hubiese entrado repentinamente y lo hubiese visto. A veces se tendía, replegaba las piernas, la cabeza en uno de sus brazos. En otros momentos, lo encontraba sentado en el piso, con su pijama gris y su cabeza negra, rapada como la de un presidiario, impasible. En la noche lo subía a mi litera y conversábamos, cuchicheando, bajo las pisadas regulares del oficial de guardia, pasando y repasando por encima de nuestras cabezas. Fué un período infinitamente triste. Por fortuna, algunas cajas de conservas finas habían sido guardadas en un estante de mi cámara; yo podía procurarme pan negro casi siempre. Así vivió de pollo frío, de pâté de foie gras, de espárragos, de ostras cocidas, de sardinas, de toda especie de abominables golosinas en conserva. Mi desayuno era él quien lo bebía; era, por lo demás, todo lo que me atrevía a hacer por él en este sentido.

Cada día era necesario hacer esa horrible maniobra para que mi pieza fuese aseada como de costumbre. Llegué a odiar

la presencia del *steward*, a aborrecer la voz de este hombre inofensivo. Presentía que él era el que llegaría al desastre del descubrimiento. Esta amenaza pendía como un sable sobre nuestras cabezas.

El cuarto día bordeábamos, creo, la costa oriental del Golfo de Siam, poco viento y mar tranquila, el cuarto día, repito, jugueteando miserablemente con lo inevitable, cuando estábamos en la mesa a la hora de la comida, este hombre, de quien temía el menor movimiento, subió apresuradamente al puente, después de habernos servido los platos. Esto no podía ser peligroso. Volvió en seguida, y comprendí entonces que se había acordado de una chaqueta mía que dejé secándose en la escotilla, después de una lluvia tropical en la mañana.

Sentado a la cabecera de la mesa, experimenté un miedo loco a la vista de esa prenda, colgada de su brazo. Seguramente, iría a mi cámara. No había tiempo que perder.

—*Steward!*—grité. Mis nervios estaban tan quebrantados que yo no podía dominar mi voz, ni ocultar mi turbación. Esa era una circunstancia semejante a la que impulsaba a mi segundo, el de las terribles barbas, a ponerse el índice en la frente. Yo lo había sorprendido haciendo este gesto, en el puente, mientras conversaba confidencialmente con el carpintero. Estaba demasiado lejos para oír la menor palabra, pero era indudable que esta pantomima se refería al extraño y novísimo capitán.

—Sí, capitán—dijo volviéndose hacia mí con aire resignado el pálido *steward*. Esta manera loca de oírse llamar repentinamente, sin razón aparente, de pasearse en la cámara o interrumpir sus labores con incomprensibles mandatos, eran la causa de la angustia creciente de su expresión.

—¿Dónde va con esa chaqueta?

—A su cámara, capitán.

—¿Va a llover aún?

—No lo sé, capitán. ¿Es necesario ver?

—¡No vale la pena!

Yo había conseguido mi objeto, pues naturalmente mi doble debió haber oído todo lo que pasaba. Durante este intermedio

mis dos oficiales no habían levantado ni una vez la nariz de sus platos respectivos, pero los labios del irónico teniente temblaban en una mueca mordaz, sin duda alguna.

Yo esperaba que el *steward* colgase la chaqueta y saliese en seguida. Se demoró mucho; pero dominé suficientemente mi nerviosidad para no salir de mis casillas. Se me ocurrió de improviso (esto se comprende demasiado) que el *steward*, por una razón cualquiera, iba a abrir la puerta del cuarto de baño. ¡Era el desastre! El rincón no era más grande que un pañuelo de narices. Me faltó la voz y quedé petrificado. Yo esperaba oír un grito de sorpresa y de terror e hice un movimiento, pero sin la fuerza suficiente para ponerme en pie. Todo permanecía silencioso. ¿Habría saltado mi doble al cuello del pobre diablo? No sé, en realidad, lo que habría hecho un instante después, si no hubiera visto salir al *steward* de la cámara, cerrar la puerta y subir tranquilamente al puente.

«Salvado, pensé. ¡Pero nó: perdido! Ha huído, seguramente.»

Dejé el cuchillo y el tenedor y me dí vuelta en la silla giratoria. Mi cabeza giraba. Al cabo de algunos segundos, cuando estuve suficientemente repuesto para hablar con voz firme, dí a mi segundo instrucciones para virar a las ocho.

—No subiré al puente, continué. Voy a acostarme, y salvo que el viento cambie, no quiero que se me llame hasta las doce. Me siento algo indispuerto.

—Tenía Ud. ese aspecto hace un instante—me hizo notar el segundo sin darle a ello mucha importancia.

Salieron los dos oficiales y yo me quedé con los ojos fijos en el *steward* que levantaba la mesa. Nada se podía adivinar por su fisonomía. Pero yo me pregunté: por qué evitó mis miradas. Pensé que sería mejor escuchar el timbre de su voz.

—*Steward!*

—Capitán—dijo asustado, como de ordinario.

—¿Dónde ha colgado esa chaqueta?

—En el cuarto de baño, capitán.

Y aun con el tono ansioso:

—No está enteramente seca.

Permanecí sentado un momento en el comedor. ¿Habría desaparecido mi doble como había llegado? De su llegada tenía una explicación, mientras que su desaparecimiento no podía explicarse. Entré despaciosamente en mi oscura cabina, cerré la puerta, alumbré la lámpara y durante algún tiempo no me atreví a volverme. Cuando lo hice, al fin, lo ví que permanecía erguido en el estrecho rincón. No diré que tuve un sobresalto, pero una duda irresistible concerniente a su existencia material me cruzó por la imaginación. ¿Puede, me pregunté, que sea invisible a otros ojos que los míos? Inmóvil, grave el gesto, levantó las dos manos hacia mí, como queriendo decir: «¡De buena hemos escapado!» Yo creo que había llegado insensiblemente tan cerca de la locura como el que ha franqueado realmente sus fronteras. Su actitud me deluvo, por decirlo así.

El segundo de las barbas espantables estaba a punto de virar. En el instante de profundo silencio que sucedió a aquel en que la tripulación ocupó sus puestos de maniobra, oí sobre la toldilla su voz vigorosa: «Largar los foques» y el grito lejano de la orden repetida adelante. Las velas, apenas movidas por una brisa ligera, no dejaron oír sino un débil aleteo, que se paralizó muy luego. El buque tomaba el viento lentamente; re-tuve mi respiración en la calma redoblada de la espera; diríase que no había alma viviente en cubierta. El grito repentino «¡Cambiar atrás!» rompió el encanto y entre el griterío ensordecedor y el pataleo sobre cubierta, encima de nuestras cabezas, empezamos nuestro diálogo cuchicheante, en la litera.

No esperaba mi pregunta.

—Yo lo oí remover ahí y no tuve sino el tiempo preciso para encucillarme en la tierra—me dijo en voz baja—. El hombre no ha hecho sino entreabrir la puerta y pasar el brazo para colgar la chaqueta. ¡Sin embargo!...

—No había pensado en eso—le dije, aún más espantado por el peligro inminente y admirándome de ese no sé qué de inflexible que había en su carácter y que lo sacaba de apuros con tanta oportunidad. Su cuchicheo no denotaba agitación alguna. Si alguien debía perder la cabeza en ese momento, no sería él

seguramente. Era un hombre sano de espíritu. Y me suministró una nueva prueba cuando me dijo en voz baja:

—El resucitar no tiene para mí ningún valor.

Era lo que podía decir uno que volvía a la vida, pero a lo que él aludía era a la hipótesis, admitida a su pesar, de su suicidio, como había supuesto el capitán. Esto ayudaba a su proyecto seguramente, si yo hubiera podido comprender el punto de vista que parecía orientar sus acciones.

—Podéis dejarme cuando el buque se aproxime a una de esas islas desiertas que hay a lo largo de la costa del Camboya—prosiguió.

—¡Abandonarlo en una isla desierta! Me parece que no vivimos una novela de aventuras—protesté.

Me detuvo su respuesta desdeñosa:

—Claro que no. No hay nada de novelesco en todo esto. Pero no se puede hacer otra cosa. Ni pido más tampoco. No creerá que tengo miedo por lo que ellos pueden hacerme: prisión, horca o lo que sea. ¡Me veo explicando esas cosas a un viejo personaje con peluca y a doce respetables comerciantes! ¿Pueden saber ellos si soy culpable o no? ¿O por lo menos de qué soy culpable? Ese es mi secreto. ¿Qué dice la Biblia?: «Arrojado de la faz de la tierra». Muy bien. Yo estoy arrojado ahora de la faz de la tierra. Y voy a irme en la noche como he llegado.

—Imposible—murmuré.—No puede usted hacer eso.

—¿Por qué no? No enteramente desnudo como un alma el día del juicio final. Voy a apropiarme de su pijama. ¿Ha comprendido perfectamente, no?

Tuve de improviso vergüenza de mí mismo. Puedo decir que había comprendido y mi duda, al dejar que este hombre abandonase el buque, no era un sentimentalismo falso, ni una especie de cobardía.

—Eso no puede hacerse hasta mañana en la noche. El buque navega a la capa y puede faltarme el viento.

—Ya suponía yo que me comprendería. Naturalmente, com-

prende. Es muy agradable encontrarse con alguien que lo comprenda. Ha acertado sobre la marcha.

Y con la misma voz muy baja, como si ambos, cada vez que cambiábamos algunas palabras nouviésemos que decirnos sino cosas que el mundo no podía oír, agregó:

—¡Es verdaderamente maravilloso!

Permanecemos juntos, conversando de esta manera secreta, a veces silenciosos, o no cambiando sino uno u otro murmullo a largos intervalos. Y siempre miraba fijamente a través de la claraboya. De tiempo en tiempo nos rozaba las caras el soplo del viento. Hubiérase creído que el buque estaba fondeado en un estanque, tan a plomo y tan sin ruido se deslizaba sobre esta agua silenciosa, cubierta de sombra como un mar fantástico.

A media noche subí al puente y con gran sorpresa de mi segundo, hice cambiar las amuras. Sus terribles barbas voltejaban a mi alrededor como una crítica silenciosa. Yo no habría hecho eso ciertamente si sólo se tratase de salir lo más rápidamente posible de este golfo dormido. Creo que dijo al teniente que esto era un disparate. El otro se contentó con bostezar. Este intolerable mequetrefe se movía de una manera tan perezosa y se tendía sobre la baranda con tanta indolencia, tan incorrectamente, que yo le dije con viveza:

—¿No está usted aún bien despierto?

—Sí, capitán, estoy despierto.

—Entonces, hágame el favor de comportarse como si lo estuviese. Y fijese. Vamos a aproximarnos a las islas antes que amanezca.

La costa oriental del golfo está franjeada de islas, unas solas, otras en grupo. En el fondo azulado de la costa parecen flotar sobre los reflejos argentados del agua en calma, áridas y grises, o bien de un verde oscuro, redondeadas como amontonamientos de arbustos, siempre verdes, las más extensas de una milla o dos, dejando ver los contornos de las colinas, salientes de rocas grises bajo el húmedo manto del follaje. Desconocidas al comercio, a los viajeros, casi a la geografía, el género de

vida que ellas encierran ha permanecido en secreto. Deben existir aldeas, colonias de pescadores, en las más extensas y las comunicaciones con el mundo se harán, sin duda, por medio de embarcaciones indígenas. Pero toda esa mañana, al avanzar hacia ellas, empujados por la débil brisa, no ví ni la sombra de un hombre, ni de una canoa en el campo del anteojo que yo tenía dirigido sobre el archipiélago.

A medio día no dí la orden de cambiar de ruta, y las barbas del segundo manifestaron su inquietud y parecieron ofrecerse ellas mismas, fuera de propósito, a mi atención. Por fin le dije:

—Quiero seguir derecho sobre la tierra. Muy cerca, lo más cerca que pueda.

Una mirada de extrema sorpresa daba una expresión de ferocidad aún a sus ojos, y por un momento, pareció verdaderamente terrible.

—No ganamos nada con estar en medio del golfo, repliqué con negligencia. Quiero buscar la brisa de tierra esta noche.

—Dios me valga, capitán, ¿en una noche negra, en medio de estos islotes, arrecifes y bancos de arena?

—¿Qué quiere Ud.? Si los vientos de tierra son regulares en nuestra costa, es necesario aproximarse para encontrarlos. ¿No le parece?

—¡Dios me valga!—exclamó de nuevo, en voz baja.

Durante esta jornada conservó un aspecto soñador, contemplativo, que en él exteriorizaba la perplejidad. Después de almorzar, bajé a mi cabina como si fuese en busca de reposo. Allí inclinamos nuestras cabezas morenas sobre una carta a medio desenrollar, en mi litera.

—¡Aquí! dije. Es necesario que sea Koh-Ring. No he cesado de observar la isla desde la salida del sol. Hay dos colinas y una punta baja. Debe estar deshabitada. Y en la costa, frente a la isla, parece que hay una barra de un río grande, con algún villorrio, sin duda, no muy lejos. Es lo mejor que he encontrado para usted.

—Como quiera. Voy a Koh-Ring.

Consideró pensativamente el mapa, como si pesase, desde muy alto, las probabilidades y las distancias, como si siguiese su propia silueta, errante sobre este espacio blanco que representaba la Cochinchina, dejando el papel y perdiéndose en regiones que la carta no contenía. Y dábamos la impresión de que el buque tuviese dos capitanes para trazar su ruta. Tan fatigado estaba de subir y bajar que ni siquiera tuve el valor de vestirme ese día. Conservaba mi pijama, mis pantuflas de paja y un liviano cucalón blanco. El pesado calor del golfo era agotador y la tripulación estaba acostumbrada a verme con ese traje ligero.

—Vamos a pasar la punta, si el viento no cambia—murmuré en su oreja.—Dios sabe a qué hora, pero seguramente al anocheecer. Voy a aproximar el buque a una media milla; a esa distancia podré juzgar en la noche....

—Hay que ser prudente—murmuró, y comprendí súbitamente que todo mi porvenir, el único porvenir para el cual había nacido, sería, quizá, irreparablemente comprometido si alguna desgracia sobreviniera en mi primer viaje de capitán.

No pudo permanecer más tiempo en la cámara. Le dí a entender que se escondiese y subí a cubierta. Estaba de turno el odioso tenientillo. Dí una o dos vueltas en la toldilla y después lo llamé.

—Envíe dos hombres a abrir los portales de popa—le dije suavemente.

O era un audaz o se olvidó; tan admirado estaba de mi orden incomprensible, que se atrevió a decirme:

—¡Abrir los portales! ¿Para qué, capitán?

—La única razón por la que debe inquietarse es que yo le he ordenado hacerlo. Hágalas abrir por completo y amárrelas convenientemente.

Enrojeció y se fué, pero hizo, me parece, no se qué observación burlona al carpintero a propósito de la razonable costumbre de airear el puente de un buque. Estoy seguro, sí, que melió la nariz en el cuarto del segundo para informarlo, pues las barbas salieron al puente como por encanto y me observaron furtiva-

mente desde abajo, en espera de algún signo de demencia o de ebriedad, supongo.

Momentos antes de la comida, sintiéndome más cansado que nunca, me reuní, por un instante, a mi doble. Y fué para mí una sorpresa el encontrarlo tan tranquilo. Algo de inhumano, algo contrario a la naturaleza se desprendía de su carácter.

Desarrollé mi plan en precipitados murmullos.

—Voy a conservar las amuras todo el tiempo que pueda antes de cambiar de rumbo. Luego encontraré el medio de hacerlo pasar al pañol de las velas que se comunica con la antecámara del camarote. El pañol tiene una abertura, especie de escolilla para sacar las velas, que da al puente y que cuando hace buen tiempo no se cierra para airear las velas. Cuando el navío no tenga viento y todos estén en la popa, en las grandes vergas, tendrá libre el camino para escapar y pasar, por la borda, a uno de los portalones. Los he hecho abrir completamente. Sírvese de un cable para bajar al agua a fin de evitar el ruido. Eso podría traer alguna complicación. ¿Comprende usted?

Se calló un instante, y luego murmuró:

—No comprendo.

—No lo veré partir, empecé con esfuerzo. Por lo demás... supongo que os he comprendido.

—Perfectamente. Desde el principio hasta el fin—Y por primera vez se hubiera dicho que algún titubeo, cierta emoción temblaba en su voz. Me tomó el brazo, pero la campanilla de la comida me hizo estremecer. A él, no; abandonó, sí, mi brazo.

Después de la comida, no dejé el puente sino a las ocho. La ligera brisa estaba cargada de rocío. Las velas húmedas, ennegrecidas por el aire, retenían todo lo que en ellas había de fuerza propulsiva. El cielo, claro y estrellado, parpadeaba en la negrura y las manchas opacas que pasaban lentamente frente a las estrellas bajas eran islas que producían la impresión de deslizarse sobre el agua. Por encima de la serviola se destacaba una grande, más distante y más im-

nente, tan enorme era el pedazo de cielo que ocultaba su sombra.

Al abrir la puerta, vi de espaldas a mi otro yo que examinaba una carta. Había salido de su rincón y estaba de pie cerca de la mesa.

—Está ya bastante oscuro—murmuré.

Retrocedió, apoyándose en mi litera, con una mirada tranquila. Me senté en el sofá. Nada teníamos que decirnos. Por encima de nuestras cabezas, el oficial de turno iba y venía; luego lo ví marchar más rápidamente. Sabía lo que ésto quería decir; iba a bajar la escalera en dirección hacia mi cámara. Su voz se dejó oír de improviso:

—Nos aproximamos demasiado rápidamente, capitán. La tierra parece muy cerca.

—Muy bien respondí. Subiré en un momento. Esperé que hubiese dejado el pasadizo para levantarme. Mi doble hizo un movimiento: había llegado la hora de cambiar nuestros últimos cuchicheos, pues ninguno debía oír nunca más la voz natural del otro.

—Escuche. Abrí un cajón y conté diez libras esterlinas. Tome eso. Yo tenía veinte y se las habría dado todas si no debiera guardar un poco de dinero para comprar frutas y legumbres a los barcos indígenas, en el estrecho de las Sondas.

Con un movimiento de cabeza indicó que rehusaba.

—Tome—insistí yo, cuchicheando con energía;—no se puede saber que...

Sonrió y con aire significativo golpeó el solo bolsillo de su pijama. Quiso decir, posiblemente, que allí el oro no estaba seguro. Saqué un viejo pañuelo de seda y anudando las libras en un extremo, le rogué que las aceptase. Parecía conmovido, supongo, pues las tomó al fin y anudó el pañuelo rápidamente a su cintura, en la misma piel.

Nuestros ojos se cruzaron; pasaron varios segundos; y nuestras miradas no se separaron hasta que yo extendí la mano y apagué la lámpara. Luego subí al puente, dejando abierta la puerta de mi cabina.

—*Steward!*

En su exceso de celo, quedábase en la cocina frotando una aceitera o cualquier otra cosa, última ocupación suya antes de recogerse. Como temía despertar al segundo cuya pieza estaba al frente, hablaba en voz baja. Miró a su alrededor de un modo ansioso:

—¡Capitán!

—¿Puede Ud. traerme un poco de agua tibia?

—Temo que ya hayan apagado el fogón en la cocina.

—¡Vaya a ver!

Subió rápidamente la escalera.

—¡Ahora!—murmuré yo en voz alta, demasiado alta quizá, pero tenía miedo de que no saliese ningún sonido de mi garganta.

Sobre la marcha estuvo a mi lado. El doble capitán se deslizó a lo largo de la escalera, a través de un pasillo oscuro... una puerta. Estábamos en el pañol, trepando con piernas y brazos sobre las ásperas velas arrolladas. Me vino una idea de improviso. Me ví, los pies desnudos, desnuda la cabeza, bajo la tórrida caricia del sol tropical. Me quité el sombrero y traté de colocárselo en la oscuridad. El me evitaba, rechazándome en silencio. Me preguntó qué pensaría de mi acto, antes de haber comprendido y cesado, por fin, de oponerse. Nuestras manos se unieron en la sombra y durante un segundo se estrecharon en un fuerte, inmóvil apretón. Cuando ellas se separaron ninguno pronunció una sola palabra.

Yo estaba tranquilamente en la puerta de mi cámara cuando volvió el *steward*.

—El agua está casi fría, capitán. ¿Enciendo el anafe?

—No vale la pena.

Subí al puente. Ahora era para mí cuestión de conciencia acercarme a la tierra lo más posible, pues debía echarse al agua apenas el navío tomase viento. Era necesario. No podía retroceder en ese momento. A los pocos minutos me fuí a la borda y la sorpresa de ver la tierra tan próxima me oprimió el corazón. En cualquier otra circunstancia yo no habría esperado un minuto más. El teniente me había seguido ansiosamente.

Seguí mirando la costa para alcanzar a serenarme.

—Podemos pasar sin viento—dije entonces con voz tranquila.

—¿Va usted a hacer eso, capitán?—balbuceó con aire incrédulo.

No me preocupé de él y elevé la voz lo suficiente para hacerme oír del timonel.

—Las velas llenas.

—Velas llenas, capitán.

La brisa rozaba mi cara, las velas dormían, el universo estaba silencioso. El esfuerzo que hacía para distinguir la elevación sombría e indistinta de la tierra que se hacía a cada instante más grande y más espesa, era demasiado para mis nervios. Había cerrado los ojos, pues quería que el buque se aproximase aun más. Era necesario. Reinaba un silencio intolerable. ¿Nos movíamos siquiera?

Cuando reabrí los ojos, la vista de la tierra me dió un vuelco en el corazón. La alta punta negra, el sur de Koh-Ring, parecía suspendida justamente por encima del navío como un fragmento de la eterna noche. De esta enorme masa de tinieblas no brotaba ni una luz, ni un ruido. Se deslizaba hacia nosotros irresistiblemente y sin embargo, parecía ya al alcance de la mano. Vi las formas vagas de los hombres de turno agrupados en la baranda, mirando en el terrorífico silencio.

—¿Va a seguir, capitán?—preguntó una voz poco segura cerca de mí.

No conocía esta voz. Era necesario continuar.

—Las velas llenas. Que el navío no pierda su rumbo. Cuidado ahora—le dije con un tono de advertencia.

—No distingo bien las velas, me respondió el timonel con una voz extraña, temblorosa.

¿Estaría ya bastante cerca? El buque deslizábase, no diré en la sombra de la tierra, pero sí sumergido en su oscuridad, demasiado adentro para salir, y por completo fuera del alcance de mi voluntad.

—Llame al segundo, dije yo al teniente burlón que permanecía cerca de mí en un silencio de muerte. Muchas voces gritaron a la vez: Todos están en el puente, capitán.

Volvió de nuevo el silencio, con la inmensa sombra que se deslizaba, más próxima, dominándonos desde más alto aún, muda y sin luz. Era tal el silencio que gravitaba sobre el buque, que producía la impresión de la barca de los muertos flotando lentamente en las puertas mismas del Erebo.

—¡Dios mío! ¿dónde estamos?

Era el segundo que gemía a mi lado. Estaba aterrizado y se hubiera dicho, privado del apoyo moral de sus barbas. Se golpeó las manos y con aire desesperado exclamó:

—Todo está perdido.

—Silencio—dije serenamente.

Bajó el tono, pero yo vi en la sombra su gesto de desesperación.

—¿Qué hacemos aquí?

—Buscamos el viento de tierra.

Hizo el ademán de arrancarse los cabellos y perdiendo todo aplomo, me apostrofó:

—El buque no saldrá nunca de aquí. Ud. lo ha querido, capitán. Sabía que esto debía de terminar así. Nunca el buque tomará el viento y estamos demasiado cerca para virar. Ronzará hacia la costa infaliblemente. Oh, Dios mío!

Le cogí el brazo en el momento en que lo iba a levantar para golpearse su desgraciada cabeza y se lo sacudí violentamente.

—Puedo decir que ya está perdido—se lamentó, tratando de desasirse.

—Ah! si?... Qué las velas estén llenas, timonell

—Velas llenas, capitán—gritó el timonel con un tono de niño asustado.

Yo no había dejado el brazo al segundo y continuaba sacudiéndoselo.

—Prepárese para virar. ¿Oye Ud? ¡Vaya adelante! (le di un sacudón); permanezca ahí (nueva sacudida) y nada de tonterías

(otro sacudón) y cuide que esas escolas de foques sean largadas rápidamente (tres nuevos sacudones).

Y durante todo este tiempo no osaba mirar hacia la tierra de miedo que el corazón no me fallase. Aflojé mi apretón al fin y él corrió como si la muerte lo persiguiese de cerca.

Me pregunté lo que mi doble, en el pañol de las velas, pensaría sobre esta situación. Podía oírlo todo, y quizá podía comprender por qué, para tranquilidad de mi conciencia, había sido necesario acercarse de este modo a la tierra. Mi primera orden «Enfilad los foques», repercutió siniestramente bajo la sombra dominante en Koh-Ring, como si la hubiese gritado en un cajón de cordillera. Luego aceché la tierra atentamente. Sobre esta agua tranquila y con una brisa tan ligera era imposible darse cuenta de si el buque orzaba. No. No podía sentir nada. Y mi propio segundo se aprestaba ya a deslizarse por la borda. Quizá ya había partido.

La gran masa negra que planeaba justamente sobre las puntas de los mástiles se puso a girar tras del buque. Y ahora había olvidado al huésped secreto, próximo a partir y me acordé únicamente que yo no conocía en absoluto las cualidades de este buque. No, no las conocía. ¿Obedecería a mi orden su masa inerte? ¿Lo haría maniobrar como era preciso?

Di la orden: «Cambien atrás». Y luego esperé. Quizá ya había perdido su rumbo y su destino estaba suspendido en la balanza, con la masa negra del Koh-Ring, como la puerta de la noche eterna, dominando su toldilla. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Tenía aún movimiento? Me incliné por la borda, rápidamente, y sobre el agua oscurecida nada pude ver sino un débil temblor de fosforescencia, revelando la superficie lisa y espesa del mar. ¿Respiraba aún? Lo que necesitaba era algo fácil de ver, una punta de papel blanco que debería arrojar al agua para darme cuenta. No tenía nada en mi cartera. No me atreví tampoco a bajar a buscarlo. No había tiempo. De pronto mi mirada ansiosa, distinguió un objeto blanco que flotaba a menos de un metro del buque, blanco sobre el agua negra. Una luminosidad fosforescente tembló cerca. ¿Qué era? Reconocí mi propio sombrero.

Debió caérsele... y no se preocupó de recuperarlo. Tenía, ahora, mi punto de referencia. Apenas pensé fugitivamente en mi otro yo, lejos ya del navío, alejado para siempre de toda mirada amiga, para recorrer fugitivo y vagabundo la tierra, sin la marca de maldición impresa sobre la frente para detener la mano asesina... demasiado valiente para hablar.

Y miré el sombrero, emblema de mi súbita piedad por su carne débil. Mi intención había sido abrigar su cabeza errante de los peligros del sol tropical. Y ahora me salvaba, me proporcionaba un punto de mira que debía triunfar de la ignorancia en que yo estaba del alma de este buque. ¡Ah! Advertí que la mancha blanca flotaba cerca de la serviola, haciéndome comprender a tiempo que el buque derivaba atrás.

—Virar en redondo—dije en voz baja al marinero que permanecía inmóvil como una estatua.

Los ojos del hombre brillaron extrañamente a la luz de la bitácora cuando se arrojó al otro lado de la rueda y la hizo dar vuelta rápidamente.

Me dirigí a la parte delantera de la toldilla. Sobre el puente, envuelto en sombra, los hombres esperaban mis órdenes, en los brazos de proa. Las estrellas, allá abajo, parecían deslizarse de izquierda a derecha. La tranquilidad del mundo era tan profunda que yo oí deslizarse, en voz baja, la siguiente observación: «El peligro ha pasado» como una brisa de alivio entre los marineros.

—¡Cambiar adelante!

Las vergas giraron con gran ruido, entre gritos alegres. Entonces se oyó a las espantables barbas dar las órdenes necesarias. Ya el navío había adquirido el movimiento. Y yo estaba solo con él. Nada, nadie en el mundo podía, ahora, interponerse entre nosotros y ensombrecer con una duda nuestro callado conocimiento y nuestra mutua afección, la perfecta comunión de un marino con su primer comando.

Yendo hacia la popa, tuve el justo tiempo de distinguir en el borde mismo de la oscuridad proyectada por una masa negra que

se elevaba como la entrada misma del Erebo, sí, tuve el tiempo necesario para coger la fugitiva luz del sombrero blanco, abandonado atrás de nosotros, indicándonos el lugar donde el que compartía secretamente mi cabina y mi pensamiento, como si hubiera sido mi segundo yo, había tomado el camino del mar para su expiación; un hombre libre, un nadador audaz que se lanzaba en busca de nuevos destinos.